LA NOVELA DE HOY



REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

50

SUCZ.ª DE RIVADENEYRA (S.A.) MADRID.



La Novela de Hoy

30 ctms

EL ENCANTO DE LA CAMA REDONDA

POR

ALVARO RETANA

Alvaro Retana 1923

La Novela de Hoy

correspondiendo al favor cada día más creciente que el público le otorga, ha adquirido LA EXCLUSIVA de las producciones de los grandes escritores

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ
JOAQUÍN BELDA
«EL CABALLERO AUDAZ»
ALBERTO INSÚA
ANTONIO DE HOYOS Y VINENT
WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ
RAFAEL LÓPEZ DE HARO
PEDRO MATA
LUIS ARAQUISTAIN
ALVARO RETANA

y otros.

Tan enorme esfuerzo, sin precedente en España, no ha vacilado en hacerlo

La Novela de Hoy

en obsequio a sus numerosísimos lectores.

LA NOVELA DE HOY

Director: ARTEMIO PRECIOSO

Oficinas: MENDIZÁBAL, 42, 2.° :-: Apartado número 473

Año I | Madrid, 1.° Diciembre 1922 | Núm. 29

El encanto de la cama redonda

NOVELA

por

ALVARO RETANA

Ilustraciones del mismo

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.
1922

Ultimas novedades literarias

DE

ALVARO RETANA

NOVELAS

:-:-: La carne de tablado :-:-:

El espejo de Paulina Bonaparte

:-: El octavo pecado capital :-:

COLECCIÓN AFRODITA

La señorita Perversidad.

Una niña demasiado moderna.

Paquita, la Caprichosa.

El vicio color de rosa.

A MANERA DE PRÓLOGO

El novelista más guapo del mundo...

Esta vez sorprendemos a Alvarito Retana sentado gravemente ante la mesa de su despacho, y como no se ha percatado de nuestra entrada, le examinamos con ese detenimiento que requieren los seres extraordinarios.

Lleva, como de costumbre, su célebre delantal negro de colegial, que le infantiliza extraordinariamente, convirtiéndole en un moderno "Dorian Gray", de Oscar Wilde. Asombra pensar cómo ha podido conservar este artista tan milagrosamente una adolescencia que llega a obsesionar. Aún en la calle, las serias vestimentas y el aire de burgués con que Alvaro Retana procura siempre pasar inadvertido, contribuyen a hacerle parecer menos joven; pero en la intimidad, en su famosa casa-palacio de Manuel Silvela, 10, donde sólo penetran los elegidos o los que van a algo práctico, *produ-*

ce verdadera sorpresa advertir que el novelista libertino, a quien todos imaginarían como un viejo depravado y consumido, tiene todo el aspecto de un niño de catorce o quince años, más blanco, cándido e inofensivo dentro del delantal de satén negro con trencillas encarnadas. Si él cultiva esta posse *deliberadamente, hay que reconocer que es de un resultado maravilloso, pues ningún otro novelista español ofrece en su domicilio un aspecto tan arbitrario e inquietante, tan candoroso y original como el autor de* El octavo pecado capital *y* La carne de tablado.

—¡Cómo! ¿Me estaba usted espiando?—exclama Retana levantándose con ligereza.

—Me había detenido un rato, silencioso, para curiosear sobre sus hombros lo que hacía.

—¡Estoy terminando mi testamento! — afirma solemnemente, ofreciéndome un cigarrillo egipcio e invitándome a tomar asiento—. Hace tiempo me predijo una gitana que moriría antes de cumplir los veinticinco años, y como el 19 de febrero de 1923 se cumplirá ese plazo trágico, yo, que soy muy supersticioso, me reduzco a morir en el seno de la religión católica, arrepentido de cuantos pecados he cometido y casi pesaroso de no haber efectuado los que algunos envidiosos me suponen.

—¡Qué buen humor tiene usted siempre!

—¿Por qué vamos a aterrarnos ante la perspectiva de la Muerte? ¿No dicen que esta vida es transitoria y solamente el paso a otra existencia

perfecta y eternal? Pues saludemos alegres a lo que puede significar nuestro descanso... y el de nuestros competidores.

—No esperaba hallarle tan macabro.

—¿Macabro yo? Oiga usted lo que dispongo para cuando llegue el momento en que Dios Padre tenga la amabilidad de llamarme a su diestra. Primeramente, durante mi enfermedad no le será permitido a nadie el acceso a mi alcoba, pues quiero que todos conserven de mí un recuerdo decorativo, fragante y juvenil, y una vez fiambre, *deseo ser envuelto en una túnica de los colores nacionales, cubierto con un sombrero cordobés y metido en un ataúd tapizado de retratos de cupletistas.*

El féretro será colocado sobre una tarima verde—símbolo adecuado a mi literatura—, en el centro del salón de fiestas de mi casa-palacio, y alrededor de dicha tarima se extenderán cuatrocientos capotes de paseo de nuestros lidiadores más famosos. En las paredes se colgarán mantones de Manila, en lugar de paños negros, y no admitiré otra clase de iluminación que los farolillos a la veneciana.

La estancia contigua será habilitada para que en ella cuantas personas vayan a darme el último adiós puedan tomarse unos pasteles y unas copas de manzanilla a mi salud, y durante todo el tiempo que yo permanezca expuesto a la admiración pública, las personas que verdaderamente me hayan estimado en vida ejecutarán en mi pianola las pie-

zas más populares de mi repertorio cupleteril, cómo el Fado Blanquita, El pájaro herido, Amor japonés, El capote de paseo, La Sandunga, *etc...*

Serán permitidas las risas y los chistes a mi costa, y expulsada toda persona que ose derramar una lágrima por mi total eclipse. Exijo que el entierro sea una manifestación de regocijo, y hasta no me parecerá feo que se hable mal de mí durante el trayecto. Dejo 5.000 *pesetas que serán entregadas a la persona que a la conclusión del entierro pronuncie el discurso más divertido sobre mí, y finalmente, expreso que mis parientes no me guarden luto, y que mi egregia esposa me sustituya cuanto antes, si le resultase posible encontrarme un sustituto en este mundo.*

—*Querido Retana—interrumpo—, yo he venido a pedirle permiso para hacerle un retrato íntimo y una información que me sirva de prólogo para* El encanto de la cama redonda*; pero no a oirle divagar.*

—*¡Yo no divago!—exclama Alvarito cómicamente indignado—. Estoy hablando en serio. Me dispongo a morir, y bien que lo siento, después de haberme enterado de que soy el novelista más guapo del mundo.*

—*¡Retana, por Dios!*

—*Nada, nada; lo que usted oye. Empápese. Vea el presente primer número de la* Revue Artistique, *de París, dirigida por James Feraudel, y donde colaboran firmas tan eminentes como Marcel Prevots, Guillaine, Pierre Benoit y Blasco Ibáñez. Vea usted este artículo de crítica literaria de la célebre humorista Misia Darrys, donde esta graciosa escritora juzga a los principales novelistas de Europa y América, insertando sus retratos, y vea este comentario de su interesante artículo:*

"Después de esta cotización de valores literarios mundiales, diremos que de la comparación de los retratos de cuantos figuran en ella, el más guapo resulta el español Alvaro Retana, quien ya se puede disponer a sufrir el asedio de las múltiples féminas locas a quienes haya interesado esta información."

—*De modo—prosigue Retana—que ya ve usted, Artemio, cómo* La Novela de Hoy *tiene por colaborador exclusivo al novelista más guapo del mundo. Claro que ser precioso al lado de Pedro Mata, Diego San José, Wells, Rudyar Kipling, Abel Hermant, D'Annuncio y otros ilustres feos, no tiene mucho mérito; pero..., ¡en fin!, algo es algo...*

—*Es usted delicioso. A su lado no hay medio de aburrirse. Siempre tiene usted alguna extravagancia inédita con que divertir a sus oyentes.*

—*Y puesto que usted venía a hacer una información, puede decir en ella a mis numerosas admiradoras que, después del artículo de la* Revue Artistique, *de París, correspondiente a septiembre, y antes de* diñarla, *voy a establecer una tari-*

fa oficial para explotar el adjetivo con que me ha favorecido Misia Darrys.

—¡Pero, Retana, por Dios! ¡También tarifa!

—Sí, amigo mío, ¡tarifa! ¡No tengo más remedio! Por un beso corriente, cinco duros; por un beso de película, cincuenta pesetas; por una hora de amor, cien duros; toda la noche, mil pesetas. Servicios extraordinarios y fantasías de mi invención, patentadas, precios convencionales. No admito señoras casadas, y en las tobilleras hago un 50 por 100 de rebaja. En caso de aglomeración de pedidos, serán primeramente servidas las gordas. No concedo exclusivas; pero sí abonos. Pagos anticipados. Seriedad y reserva.

—Lo dicho: es usted encantador.

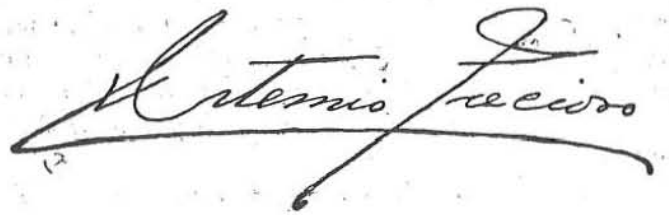
—¡Ah! Y que conste que yo para hacerme amar locamente o para producir sensaciones magníficas no necesito recurrir a bebedizos ni a recursos extrafalarios. Eso restaría mérito a mi facultad de encendedor de lujurias. Aquí no se engaña a nadie. Se cobra saro; pero se justifica el precio, y estoy seguro de que quien pruebe repetirá. A menos que no le pase lo que a cierta princesa rusa, que este verano me contrató para una conferencia erótica y se le desprendió un riñón por la intensidad del goce.

—Admiro su humorismo y su modo de ser, Retana.

—Soy como el público me desea: incongruente y libertino; cultivador del bluff *y reclamo a la americana; audaz y extravagante; pero buen chi-*

co en el fondo, y aun en la superficie... Forzosamente he de vivir diciendo en serio las mayores locuras, o exponiendo en broma cosas transcendentales. Mi única preocupación es agradar al público. Por que EL se distraiga y me aliente, por que no me retire su simpatía, trabajo quince horas diarias, y compongo música frívola, escribo novelas cómicamente galantes y dibujo las toaletas de las artistas a la moda. Si me fuera posible partirme en miles de pedazos, lo haría gustoso, para poderme distribuír entre cuantas personas me dispensan su atención, y sólo me reservaría el corazón para poder seguir trabajando con él en obsequio al público, y para perdonar a mis enemigos.

Y Alvarito Retana dió aquí por terminada nuestra entrevista para posar *ante el fotógrafo Cartagena, que ha reproducido estupendamente al genial novelista en su pintoresca intimidad.*



El encanto de la cama redonda

A mi querido y admirado amigo el notable poeta César González Ruano
Para que se horrorice elegantemente.

ALVARO.

I

Ya me parece haber hablado en alguna ocasión de las famosas reuniones de mi admirado amigo Carlos Monreal, el malogrado retratista de las bellezas a la moda en Londres y París.

Carlos Monreal, cuyo prestigio de pintor corría parejas con su aureola de hombre libertino, había establecido en la corte, pocos meses antes de su trágico fin, un confortable estudio que, en realidad, no era sino el pretexto para celebrar impunemente, sin temor a profanas ingerencias, unos aquelarres pintorescos, cuyos iniciados más res-

petables hallábanse adornados, por lo menos, con un pecado capital.

A Carlos Monreal le embriagaba el perfume de las decadencias, y, como estaba envenenado de novelerías cosmopolitas, recibía con los brazos abiertos a cualquier persona que se ufanara de haber inventado un vicio nuevo.

Por aquella época había venido Carlos, de Francia, formando trío con una amante encantadora que parecía un amigo, y un delicioso amigo que parecía una amante. Su renombre y su fortuna colocábanle más allá del comentario, y, dada su obsesión por todo lo malsano, congregaba en su casa, decorada con la suntuosidad y el refinamiento de un Cosme de Médicis, a una concurrencia *indesirable* y sugestiva.

A mí me divertían sobremanera las reuniones de Carlos Monreal, porque en ellas encontraba cada noche tema para un libro de escándalo, sin peligro para mi integridad; porque, ¡eso sí!, Carlos nos permitía todas las libertades de palabra siempre que no derivasen a vías de hecho. Pasábamos, pues, la velada desmoralizando espiritualmente, y, como todos los invitados, estábamos curados de espanto, o, por lo menos, convalecientes, después de las acreditadas sesiones de opio, cocaína, éter, espiritismo y evocaciones al Demonio, que algunas veces se resistía a presentarse por miedo a hacer el ridículo entre nosotros, el barón de Loisy solía divertirnos con alguna de sus narraciones, tan equívocas como la concurrencia.

El barón de Loisy es un aristócrata francés que ha envejecido en Oriente reconstituyendo los muertos esplendores de la adorable Sherezada de *Las mil y una noches*. El barón ha viajado por países de fábula, estudiando el árabe para saborear en su verdadera salsa el encanto de los magníficos relatos que amenizan la literatura oriental, y posee unas especiales dotes de narrador que le permiten deleitar a sus oyentes con la repetición de esas historias aprendidas en un pueblo ardiente y voluptuoso, bajo un cielo inflamado de oro y púrpura.

De las siete damas que solían concurrir más asiduamente al estudio de Carlos Monreal, tres estaban divorciadas de sus maridos, con los cuales se insultaban al encontrarse en público; dos eran casadas, pero la más vieja tenía un amante joven, que la daba dinero, y la más joven otro, viejo, que se lo costaba; la sexta era viuda, aunque no guardaba fidelidad a la memoria del difunto, y la única soltera había tenido un hijo, cuya paternidad no sabía a quién atribuír. En cuanto a los hombres, sólo puedo decir que el más inocente de cuantos allí se reunían era yo, y me admitían porque mi calidad de novelista galante me abre las puertas de las casas donde toda inmoralidad tiene su asiento y todo pecado fácil acomodo.

Soy el cronista oficial de Su Majestad Lucifer,

y me llueven las invitaciones, a cual más apasionadas, para admirar de cerca a los vasallos del Rey y Señor de los Infiernos.

Cierto día, la condesa de Gavrilow, una espléndida rubia, de edad y procedencia tan discutibles como su título, que yacía ebria de éter sobre unos almohadones, mostrando "como al descuido" la entrada del templo donde habían orado tantos feligreses, propuso que el barón de Loisy comenzara su consabida narración antes de adormilarse por completo, y el gentil aristócrata, que por efecto del *wisky* estaba más comunicativo que de ordinario, se apresuró a complacerla, pero advirtiendo previamente:

—Yo les contaría a ustedes hoy una historia originalísima, que podríamos titular "El encanto de la cama redonda", llena de interés novelesco y voluptuoso; pero antes de empezarla quisiera saber quiénes de ustedes serían capaces de ruborizarse.

Como el silencio más macabro y expresivo advirtió al barón de Loisy que podía hablar libremente, cuando todos los concurrentes se hubieron acomodado, con estratégica oportunidad, cada uno junto a la parte beligerante, el exquisito orientalista, maestro en erotismos abominables, y por desgracia tentadores, empezó a hablar con voz nostálgica y caliente.

II

—He llegado a saber—¡oh, afortunados oyentes!—que en en la ciudad de Bagdad, después de reinar muchos califas y antes de que reinaran otros muchos, fué ocupado el trono por un rey llamado Omar-Al-Kulub, formidable en poderío, gran amparador de los necesitados y digno de todos los elogios del poeta por su sabiduría, valor y generosidad; pero tan ardiente de naturaleza que ni el mismo fuego le abrasaba.

Con ayuda de Alah había sometido a todas las criaturas y condujo a sus ejércitos victoriosos hasta las tierras más lejanas. Había mandado emisarios a los límites más recónditos de la tierra para notificar la gloria de su reinado, y todos los correos regresaron para garantizarle que el mundo entero le acataba, y todos los señores reconocían respetuosamente su supremacía y envidiaban la magnificencia de su harem innumerable, donde continuamente eran sacrificadas las vírgenes más bellas del Oriente.

El rey Omar tenía dos visires, llamados Abu-Zeid y El-Aschir; mas, si bien el primero estaba dotado de excelente carácter, admirables virtudes y especial simpatía, que le granjeaban el cariño y la estimación de los varones prudentes, el segun-

do era un hombre de corazón endurecido, aficiones perversas y tan singularmente envidioso, que no desperdiciaba ocasión para perjudicar a cualquiera, y muy particularmente a su compañero Abu-Zeid, por quien el rey Omar manifestaba gran predilección.



Un día entre los días, el monarca hallábase en la sala de justicia, ocupando su trono rodeado de todos los emires y notables de la corte, y enterado de la llegada al zoco de un lote de esclavas de todos los países, exclamó, dirigiéndose a Abu-Zeid:

—Deseo que me busques una esclava en el mercado, que no tenga igual en el mundo y que, además de sus perfecciones físicas y esmerada educación, posea gran dulzura de carácter.

El-Aschir, devorado por la envidia, al escuchar aquellas palabras, reveladoras de la gran confianza que el rey depositaba en Abu-Zeid, dijo, para desalentar al soberano:

—¡Si se pudiese encontrar una mujer de esas cualidades, habría que comprarla lo menos en diez mil dinares de oro!

Pero el rey, más obstinado por la dificultad, llamó inmediatamente a su tesorero y le ordenó que llevase aquella cantidad a casa de Abu-Zeid, y este visir, cumpliendo el encargo de su señor, encaminóse al zoco, donde se ofrecían a la venta más de mil doncellas a cual más hermosas y capaces de infundir virilidad a otros tantos viejos caducos.

Pero como creyera que ninguna reuniese totalmente las cualidades ambicionadas por el Sul-



tán, disponíase a abandonar el mercado, cuando fué abordado por un persa venerable que, teniéndole el estribo, le saludó respetuosamente, y después de recitarle unas estrofas alabando sus virtudes y la misericordia de Alah, le propuso la compra de una esclava.

El visir, en su deseo de servir al rey, no quiso desaprovechar aquella ocasión que se le ofrecía de conocer una esclava que quizás reuniese las cualidades pedidas, y acompañó al mercader hasta su tienda, donde quedó maravillado al contemplar una criatura que diríase escapada del Paraíso de Mahoma.

Aquella joven cuya adquisición le proponían era de una sin par belleza, con una tez delicada y suave que podría ser comparada con la luna en su décimacuarta noche. Estaba ataviada con magníficas sederías bordadas de oro y perlas, y su cintura parecía más fina y sus caderas más suntuosas, ajustadas por el cinturón que las ceñía. Sus pechos eran firmes, redondos y soberbios, y aparecían velados por una red de pedrerías semejante a la que adornaba su cabellera. Era alta y majestuosa, y no se sabía qué admirar más en ella, si la perfección del rostro a la maravilla del cuerpo.

El visir Abu-Zeid, al examinar a aquella joven, poderosa de caderas, cimbreante e irradiando un fulgor de simpatía, dilatóse satisfecho hasta el límite de la dilatación, y recitó unas estrofas, can-



tando como se merecía la suprema hermosura de tan gentil esclava. Luego formalizó la compra de ella, seguro de que su importante adquisición sorprendería agradablemente al rey; y cuando salió con ella de la tienda, el persa de las barbas venerables aseguró a Abu-Zeid:

—Sabe, ¡oh, visir!, que si te vendo esta esclava, llamada Encantadora, en diez mil dinares, es únicamente porque me has dicho que se halla destinada al rey, pues esa cantidad apenas me indemniza del importe de los pollos con que la alimenté desde la infancia, de los magníficos vestidos con que siempre la engalané y de los gastos que he hecho para instruírla. Porque ha tenido varios maestros y aprendió a escribir con muy buena letra; conoce las reglas de la lengua árabe y la persa, la Gramática, la Sintaxis, los comentarios del Libro, las reglas de Derecho divino y sus orígenes, la Jurisprudencia, la Moral, la Filosofía, la Medicina, la Geometría y el Catastro. Además, sabe cantar melodiosamente acompañándose con cualquier instrumento de música y predice el porvenir consultando a los astros, porque compendia, ¡oh, visir!, todos los atractivos. Ahora, para concluír, me permito aconsejarte que no lleves inmediatamente al palacio del rey Omar a la gloriosa Encantadora, pues acabamos de llegar de viaje, y el cambio de climas y de agua la ha fatigado sobremanera. Por eso, lo mejor para ella y para ti es que la retengas unos

días en tu casa, y así reposará, recuperando su hermosura, y podrá bañarse en el hamman y cambiarse de vestidos. Entonces su presentación ante el rey será más deslumbrante y tu gestión aparecerá más honrosa y meritoria ante los ojos de nuestro buen Sultán.



El visir Abu-Zeid, reconociendo la discreción del viejo persa, que tan acertadamente le aconsejaba, decidió seguir sus inspiraciones, y retuvo a Encantadora varios días, instalándola en un aposento reservado para que descansara sin peligro para su integridad, pues hay que hacer constar que el visir Abu-Zeid tenía un hijo de tan sorprendente belleza y juventud, que hasta los transeuntes detenían su paso para admirar su rostro, de blancura maravillosa, y su cuerpo, de arrogancia inconfundible. Su ancha frente era como la primera claridad de la mañana; sus finas cejas se arqueaban dulcemente sobre el agua marina de sus rasgados ojos; sus sonrosados párpados ostentaban la curva de sus pestañas de ter-

ciopelo, y su cabellera se anillaba en las sienes con rizos deliciosos.

Mas aquel joven esbelto y flexible, de rostro seductor y exquisitas maneras, era un perforador infatigable, y dedicaba su existencia principalmente a la persecución, captura y goce de cuantas vírgenes hallaba de su agrado. Había realizado en su barrio verdaderas fechorías, y en la ciudad de Bagdad era citado como el único mancebo que podría competir con el monarca en pujanza y resistencia amorosas, pues hubiera sido capaz de servir las exigencias del harem más numeroso y de rendir a la doncella más hermética.

Por eso, tan pronto como Abu-Zeid instaló a Encantadora en el aposento destinado a ésta, la advirtió severamente:

—Has de saber, ¡oh, hija mía!, que como te he comprado por cuenta de nuestro amo el rey Omar para que seas la preferida de sus favoritas, es preciso que evites todas las ocasiones de comprometerte y perjudicarme. Así es, que he de comunicarte que tengo un hijo, llamado Alí-Nur, muy guapo mozo; pero atrevido y peligroso. No hay en este barrio ninguna doncella que le haya contenido y de cuya flor no haya gozado. Evita, por tanto, su encuentro y procura que no oiga tu voz, pues de otra suerte te perderías sin remedio.

Pero por voluntad escrita de Alah, las cosas llevaron un rumbo muy diferente, pues, a pesar

de todas las precauciones, la mañana en que Encantadora había de ser conducida ante el rey sobrevino una catástrofe irreparable.

Apenas fué introducida Encantadora en el hamman, las esclavas emplearon toda su habilidad en darla un baño que fuera el mejor de su vida, y después la dieron masaje cuidadosamente y la depilaron con esmero; impregnaron su cabellera con almizcle y la tiñeron con henné las uñas de los pies y de las manos; le alargaron con kohl las pestañas y las cejas, y, finalmente, quemaron junto a ella pebeteros de incienso y ámbar gris para perfumarle toda la piel.

Después la envolvieron con una sábada embalsamada con azahar y rosas, la sujetaron los cabellos con un paño caliente y la sacaron del hamman para trasladarla a su aposento, donde le esperaba la mujer del visir Abu-Zeid, madre del temible Alí-Nur.

Encantadora, al divisar a la esposa del visir, corrió a su encuentro y la besó en la mano, y ésta, besando a la joven en las dos mejillas, exclamó:

—¡Oh, dulce amiga! ¡Ojalá te depare ese baño todo el bienestar y todas las delicias! ¡Cuán limpia, hermosa y perfumada estás! ¡Iluminas nuestro palacio, que no necesita más luz que la tuya!...

Encantadora, muy emocionada, llevóse la mano

al corazón, a los labios y a la frente, e inclinando la cabeza, respondió con ternura:

—Gracias, ¡oh, madre y señora! Proporciónete Alah todos los goces de la tierra y los del Paraíso! En verdad ha sido delicioso este baño; pero me ha dolido una cosa: no haberlo compartido contigo.



Entonces, la esposa de Abu-Zeid ordenó que sirvieran a la esclava pastas y sorbetes, y se dispuso a marchar al hamman para tomar también ella su baño. Pero no quiso dejar sola a Encantadora por prudencia y temor, y mandó a dos esclavas jóvenes que guardasen la puerta del aposento, con la absoluta prohibición de permitir la entrada a nadie bajo ningún pretexto.

Mas en aquel momento penetró en la casa Alí-Nur, quien buscó a su madre para besarle la mano, como todos los días; y como no la encontrase en su estancia, fué recorriendo las demás, hasta llegar frente a la puerta de la habitación que servía de encierro a Encantadora. Saludó a las dos esclavas que custodiaban la puerta, y las

dos le sonrieron complacidas, porque ambas le amaban en secreto; pero asombrado al ver aquella puerta tan bien guardada, preguntó a las dos jóvenes:

—¿Está ahí mi madre?

—¡Oh, no, amo Alí-Nur!—respondieron ellas, intentando rechazarle—. ¡No está aquí nuestra ama, porque ha ido al hamman!

—Pues entonces, ¿qué hacéis aquí, corderas? Apartaos para que yo entre y pueda descansar.

—¡No entres, oh, Alí-Nur!—suplicaron ellas, aterradas por la insistencia del joven—. Aquí sólo está nuestra ama Encantadora, que tu padre y señor, nuestro amo el visir Abu-Zeid, ha adquirido en diez mil dinares para el harem del sultán. Acaba de salir del hamman y está desnuda, sin más ropa que la sábana del baño. ¡No entres, oh, Alí-Nur, porque, si así lo hicieses, nuestra ama nos castigaría!

Encantadora, que escuchaba dentro de su aposento la conversación de las esclavas y Alí-Nur, sin poder contenerse se aproximó a la puerta, preguntándose intrigada:

—¡Por Alah! ¿Cómo será ese joven Alí-Nur cuyas hazañas me ha enumerado su padre, el visir? ¿Cómo será ese mancebo que no ha dejado en el barrio doncella intacta ni mujer sin ataque? ¡Me gustaría conocerlo!

Y sin lograr vencer su impaciencia, perfumada con todos los aromas del hamman, llena de gracia

y de belleza, de vida y de frescura, entreabrió suavemente la puerta y se puso a mirar, procurando revestirse de valor. Pero al ver la arrogancia y la hermosura de Alí-Nur sintió que una emoción desconocida estremecía todo su cuerpo, y tuvo que apoyarse en la pared para no caer al suelo desvanecida de entusiasmo.

—Y Alí-Nur, que por la rendija de la puerta, entreabierta, había tenido tiempo de apreciar la fascinante desnudez de Encantadora, arrebatado y arrebatador por el deseo, rugió como el tigre ante su presa, y apartando bruscamente a las esclavas, que rompieron en llanto, penetró en la estancia prohibida, y avanzando hasta la asombrada joven, que, en su aturdimiento, había caído sobre el diván temblorosa y desnuda, la preguntó, inclinándose ante ella:

—¡Oh, dulce Encantadora! ¿Eres tú la soberbia esclava que mi padre, el visir Abu-Zeid, ha comprado en diez mil dinares de oro? Tu cabellera es más hermosa que la de una leona del desierto, tus pechos más frescos que el musgo de los arroyos, y el nacimiento de tus muslos más ilustre y codiciable que la entrada del Paraíso.

En seguida, Alí-Nur alargó su mano hasta rozar los senos de la esclava, que palpitaban expresando una ansiedad indescriptible, y descendió por la cintura, pretendiendo acariciar el jardín de las delicias.

—¡Oh, luz de mis entrañas!—murmuró Encantadora, sin fuerzas para rechazarle—. ¿Qué intentas?

—¡Demostrarte cuán tiernamente te amo! ¡Fundir tu cuerpo con el mío y expresarte en un beso



la pasión que me inspiras! ¡Gozar cuanto hay en ti de bello y de armonioso y entregarte todo lo que hay en mí que todavía no te pertenece!

Entonces la adorable Encantadora, resignándose a su destino, exclamó débilmente:

—Alí-Nur: ante mis ojos asombrados apareces

más poderoso que el león del desierto, y ante mi carne, que te desea, más rasgador que el duro acero. ¡Soy tuya! ¡Soy tu esclava! ¡Alí-Nur! ¡Mi sultán!

Ebrio de voluptuosidad y de alegría, Alí-Nur precipitóse sobre la amable Encantadora, y durante largo rato sólo hubo besos, contorsiones, suspiros y elocuencia sin palabras. Y a tal punto llegaron en su exceso y con tanto ruido se amaron, que todas las esclavas del visir huyeron aterrorizadas a refugiarse en el hamman para contar, enloquecidas, a la esposa del visir las increíbles osadías de Alí-Nur con la virgen magnífica destinada al sultán.

Entonces, la mujer del visir, pálida de emoción, aunque estaba calzada con los altos zuecos de madera que se utilizaban para el baño, echó a correr, a pesar de su avanzada edad, seguida de su servidumbre, y llegó al aposento de la feliz Encantadora cuando Alí-Nur, prevenido por los gritos de las esclavas, acababa de salir del lugar de sus hazañas.

—¿Qué ha pasado, hija mía?—preguntó a Encantadora la esposa de Abu-Zeid.

—¡Oh, mi señora!—explicó la joven, a quien Alí-Nur había aleccionado—. Mientras estaba descansando del baño echada en el diván, entró un hermoso joven, a quien yo nunca había visto, y me dijo: "¿Eres tú la esclava Encantadora que mi padre ha adquirido en diez mil dinares de

oro?" Sí, por cierto—le contesté—. Y sé que estoy destinada al sultán—. Al oirme, replicó el joven: "No lo creas, oh, Encantadora. Acaso haya tenido mi padre esa intención; pero ha cambiado de parecer y te ha destinado toda para mí." Y entonces, mi señora, cuando el joven me manifestó sus propósitos, no tuve más remedio, a fuer de esclava sumisa, que obedecerle, y creo haber hecho bien, porque mejor prefiero ser esclava de tu hermoso hijo Alí-Nur que convertirme en esposa legítima del sultán.

—¡Ah, hija mía! ¡Qué desdicha para todos!—gimió la madre del mancebo disoluto y perforador—. Mi hijo es un perverso y te ha engañado. Y di, ¿qué ha hecho contigo?

—Nada malo, señora. Me ha demostrado siete veces la intensidad de su pasión.

—¡Oh, hija de mi alma! ¡Ese infame te ha destrozado! ¡Qué calamidad tan grande! ¡Esto puede costarle la vida a mi pobre esposo!

Porque, en el fondo, lo que angustiaba a la madre de Alí-Nur y a sus doncellas era pensar que el rey, al tener conocimiento del suceso, pusiera en tela de juicio el comportamiento del visir y castigase aquella usurpación de Alí-Nur dando muerte al padre.

Cuando Abu-Zeid llegó a la casa y vió que las mujeres lloraban tan angustiadamente, preguntó la razón de aquel desconsuelo, y su esposa, después de hacerle jurar que se conformaría con lo

ocurrido y no intentaría castigar a Alí-Nur, tan querido para ellos a pesar de sus extravíos, le contó la última hazaña del mancebo y la irremediable pérdida de la virginidad de Encantadora.

Abu-Zeid se desgarró las vestiduras; se dió de puñetazos en la cara; se mordió las manos; se mesó las barbas y arrojó su turbante por el aire, sin querer escuchar a su esposa, que, para consolarle, proponía:

—No te aflijas de ese modo, pues los diez mil dinares te los restituiré de mi peculio y vendiendo parte de mis joyas, y como el rey ignora hasta la existencia de Encantadora y, por tanto, el irreparable ultraje de que ha sido objeto, con ese dinero podrás comprarle otra esclava, y nosotros nos quedaremos con ésta, que adora a nuestro hijo y que es, según parece, de todo punto perfecta.

Al oír Abu-Zeid las últimas reflexiones de su esposa, aplacóse su ira y se avino a perdonar a su hijo cuando éste, llamado a la presencia de sus padres, declaró solemnemente ante ambos que contraería legítimas nupcias con Encantadora y jamás osaría maltratarla ni venderla.

Después de esto, la casa se llenó de júbilo, y Alí-Nur pudo disfrutar libremente de las múltiples seducciones que atesoraba Encantadora, con gran contento del visir y su mujer, que veían en la joven una posible redentora de su hijo, insensato y corrompido.

III

El barón de Loisy hizo una corta pausa para encender un cigarrillo y porque, gran maestro en el arte de narrar, sabía perfectamente que no hay nada que tanto avive la curiosidad y el interés de los oyentes como la suspensión de un relato cuando éste llega a su parte culminante. En seguida, envolviendo a la condesa Gavrilow en una mirada que era todo un poema, continuó aquella historia, que diríase entresacada de *Las mil y una noches* de la prudente Sherezada.

—Me parece haber dicho al principio de esta historia que el sultán Omar-Al-Kulub contaba para la gobernación de sus estado, a más de Abu-Zeid, con otro visir llamado El-Aschir, hombre odioso, roído por la envidia y de instintos feroces. El tal visir, casualmente enterado del suceso acaecido en el palacio de Abu-Zeid, en su afán de perjudicarle, presentóse ante el rey y, fingiendo hallarse inspirado de los mejores deseos, manifestó al monarca:

—¡Oh, Rey magnánimo! El visir Abu-Zeid, a quien tanto ponderas y de cuya adhesión pretendes estar seguro, te sacó diez mil dinares de oro para comprar una esclava, y efectivamente: ha adquirido una esclava sin igual en el mundo; pero como la juzgó maravillosa, prefirió entregársela a

su hijo, mozalbete famoso por su libertinaje, para que éste, en lugar tuyo, la rindiese de parte a parte en un abrir y cerrar de ojos. Y para que no dudes de mis palabras, permíteme cercar la casa de Abu-Zeid con mis soldados y te traeré inmediatamente a la referida esclava, para que compruebes tú mismo los desafueros que con ella ha cometido ese maldito perforador, hijo de tu visir.

Apenas el sultán Omar-Al-Kulub oyó estas revelaciones del infame El-Aschir, como era un hombre que vivía consumido por la fiebre amorosa y que constantemente deseaba renovar sus concubinas, autorizó a El-Aschir para que se incautase de la esclava en cuestión, para lo cual salió con un nutrido cortejo de jinetes armados fieramente y dispuestos a arrasar el palacio de Abu-Zeid si no lograban la captura de la gentil Encantadora.

Mas cuando ésta, que se hallaba con su esposo en una de las azoteas del palacio, divisó la nube de polvo que levantaba la comitiva en su acelerada carrera, adivinó la causa que traía al palacio a los secuaces de El-Aschir, y como era mujer de gran talento e inventiva, versada en toda clase de recursos, advirtió a su querido esposo:

—¡Oh, deseado Alí-Nur! Por allí vienen El-Aschir y sus soldados, que, sin duda enterados de nuestra boda, preparan incautarse de mí y conducirme a la presencia del sultán. Para evi-

tar mayores males voy a vestirte con mis mejores ropas y mis joyas más ricas, te cubriré con mis velos y te dejarás presentar ante el sultán, haciéndote pasar por la esclava Encantadora. En cuanto a mí, dirás que soy tu doncella y solicitarás del rey permiso, que indudabemente no te será negado, para que continúe al lado tuyo. De lo demás me encargaré yo.

Efectivamente, El-Aschir, cuando irrumpió en la casa de Abu-Zeid, preguntó con muy malos modos por la traviesa Encantadora, y el astuto Alí-Nur, atiplando la voz y con el rostro cubierto por tres velos, apresuróse a seguir al visir enemigo de su padre, rogándole, por supuesto, que le permitiera conservar a su doncella, la auténtica Encantadora.

El-Aschir no opuso ningún inconveniente y abandonó el palacio de Abu-Zeid con las dos prisioneras, dejando sumidos a los padres de Alí-Nur en la mayor de las confusiones, pues no acertaban a comprender qué se proponían el hijo y la nuera con aquella nueva mixtificación. Durante el camino, el visir El-Aschir, a quien enardecía la fragancia de la supuesta Encantadora, impaciente por conocer las morbideces de aquella esclava que él adivinaba tan sabrosa bajo los amplios tules, deslizó golosamente su mano entre los pliegues del vestido de ella, esperando palpar su encanto más oculto. Pero su asombro no tuvo límites cuando encontró una cosa que no era cier-



tamente lo que él iba buscando. Ardoroso y desconcertado El-Aschir, aproximóse a la auténtica Encantadora y le contó su extraño descubrimiento. Mas la taimada esclava manifestó a El-Aschir:

—No te alarmes, ¡oh, mi señor!, por que al ir a forzar la cerradura te hayas encontrado con la llave puesta. Has de saber que mi ama posee conocimientos mágicos, y tiene la facultad de cambiar de sexo cuando estima que su honor corre peligro. Su poderío es tal que podría convertirnos a ti en perro y a mí en yegua si se lo propusiera. Pero, afortunadamente, mi señora está dotada de muy buenos sentimientos, y antes se dejaría cortar una mano que levantarla para realizar un encantamiento contra nadie. Por eso se ha limitado, como medida de precaución, a cambiar de sexo.

El-Aschir, cada vez más sorprendido, no volvió a molestar a la supuesta Encantadora, y cuando entró con ésta y su doncella en el palacio real, depositó, triunfal, a la pareja ante las gradas del trono donde Omar-Al-Kulub ejercía justicia rodeado de toda su corte.

—He aquí, ¡oh, valeroso señor!—exclamó El-Aschir inclinándose ante el sultán—, a la joven Encantadora que tu visir Abu-Zeid compró en el zoco para tu particular regalo, y que en lugar de serte traída al día siguiente ha sido entregada a

Alí-Nur, el libertino, para que hiciese con ella cuanto le viniese en gana.

—¡Oh, mi sultán!—interrumpió Alí-Nur, procurando suavizar el tono de su voz—. Es cierto que el visir Abu-Zeid me compró en diez mil dinares de oro para traerme a tu harem; mas también es verdad que si no lo hizo antes fué porque como yo me hallaba resentida del viaje, esperábamos mi restablecimiento para personarme ante ti en condiciones favorables. Respecto al joven Alí-Nur, si bien es cierto que me ha hallado de su gusto, bastóle saber que yo estaba destinada a ti para guardar una intachable corrección.

El rey Omar, impresionado gratamente por las palabras de Alí-Nur, que mantenía su papel de esclava Encantadora con increíble propiedad, continuó la sesión y mandó a unos soldados que introdujesen a la joven y su doncella en los jardines, para que ambas se pasearan hasta la hora en que el sultán necesitase los servicios de Encantadora.

Alí-Nur y su esposa habían contemplado en diferentes ocasiones jardines hermosísimos; pero jamás habían visto, ni siquiera en sueños, unos semejantes a los del sultán. Formaban la entrada principal unos grandiosos arcos superpuestos, y la cubrían unas parras, de donde pendían espléndidos racimos, rojos como rubíes, verdes como esmeraldas y amarillos como topacios. Arboles frutales de todas clases doblábanse al peso de la fruta madura, sombreando aquella avenida, y en las ramas, los pájaros rimaban sonoras melodías. Había albaricoques de almendra dulce y amarga, ciruelas que tenían el color de labios hermosos, higos rojos, blancos y verdes; limones relucientes como bolas de oro y mirabeles de dulce encanto. En cuanto a las flores, las había de todos los matices, formas y tamaños: unas alfombrando alegremente el suelo y otras trepando por los muros. Las rosas aparecían más febriles que mejillas femeninas inflamadas por la pasión; las violetas semejaban la llama del azufre; las corolas de las anémonas se cubrían con una diadema de gotas de rocío; los narcisos contemplaban a las rosas con negros ojos suplicantes, y las manzanillas sonreían mostrando todos sus dientes.

La primavera reinaba triunfalmente en aquellos jardines de maravilla, cuyos arroyuelos contribuían a refrescar el ambiente, y tanto Alí-Nur como Encantadora saborearon las bellezas extraordinarias de cuanto les rodeaba. Autorizados por el guardián de los jardines, la pareja recorrió sus más apartados rincones, y en un templete misterioso de mármol rosa, semioculto por las enredaderas, las flores blancas de arrayán, los alelíes y los jacintos, Alí-Nur y su esposa tomaron un refresco y unos dulces, atento envío del sultán. Luego paladearon la delicia de diversas bebidas, y tanto a ella como a él, por la fuerza del vino, se les colorearon las mejillas, les brillaron los

ojos como los de las gacelas y les prestó su situación comprometida unos bríos emprendedores.

Encantadora desatóse la abundante cabellera, que cayó sobre sus espaldas como un torrente de ébano ondulante, y Alí-Nur desprendióse de sus velos para saltar gozosamente, bromeando sobre los riesgos que iban a correr.

Cuando llegó la noche, el sultán ordenó que la supuesta Encantadora y su sirviente fueran introducidas en la cámara regia, y la pareja deslumbróse una vez más ante el insólito esplendor de la soberbia estancia. El dormitorio del sultán estaba iluminado por cuarenta lámparas, que irradiaban destellos fascinadores, y en las paredes, incrustadas en oro y pedrerías, aparecían pinturas excitantes y versos del Korán referentes al amor. En el centro de la cámara regia, sobre una mullida alfombra de incendiados colores, levantábase el lecho, completamente redondo y tan amplio que diríase forjado para servir de campo de batalla a tres parejas de enamorados. Una gran cantidad de almohadones, confeccionados con riquísimas telas y bordados de plata y oro, rodeaban la cama redonda del sultán Omar-Al-Kulub, y Alí-Nur y Encantadora, contemplándose a solas con el rey en aquella trastornada estancia, se estremecieron como los corderos ante la proximidad del lobo. Pero lograron disimular su sobresalto, y como ya lo habían convenido y estudiado suficientemente, se dispusieron a representar la pantomima con que esperaban sorprender la buena fe del rey Omar.

Cuando invitó el sultán a la fingida Encantadora a deshacerse de su esclava, Alí-Nur, expresando gran emoción, le suplicó que no le privase en aquella noche, que para todos iba a ser memorable, de la compañía de su fiel sirviente, y supo esgrimir tan oportunas y discretas razones, que el sultán acabó transigiendo con la presencia de la esclava en la cámara regia.

Luego, después de haber manifestado tan extremadamente su amabilidad, acercóse a Alí-Nur y, tratando de coger su talle, murmuró:

—¡Oh, codiciada Encantadora! ¡Soberana mía! Permíteme que te bese en la boca para refrescar el fuego de mis entrañas.

Pero Alí-Nur, escabulléndose de entre los opresores brazos del sultán, se refugió en un extremo de la estancia, suspirando:

—¡Oh, rey galante y generoso! Ordena que nos traigan los licores más fuertes y bebamos por nuestro amor, para que la embriaguez me impida darme cuenta de lo que hagan tus labios.

Y dicho esto se despojó de algunos velos y mostró la delicia de sus ojos, esmeraldinos, húmedos y tiernos.

El deseo del rey creció a tal punto que mandó traer inmediatamente los licores pedidos, y llenando una copa de cristal se la ofreció a Alí-Nur, recitando unas lánguidas estrofas. Mientras la

verdadera Encantadora, sentada junto al lecho, cantaba, acompañándose de un laúd, himnos vibrantes al Amor y a la Vida. El sultán, exasperado porque la falsa Encantadora no le hacía



ninguna concesión, a pesar de revelar por sus miradas, sus transportes y sus lamentos hallarse en pleno estado de embriaguez, persiguió a Alí-Nur con encarnizamiento, y en un acceso de pasión le

arrebató todas sus ropas, dejándole únicamente con el turbante, los collares y la camisa. Entonces, como era algo más fuerte que el hijo de su visir, le empujó bruscamente hasta el lecho, y cuando le vió tendido y debilitado por el incesante acoso, pegó los labios a aquellos pies que a él se le antojaban maravillosos, más dulces que la leche y más tiernos que la manteca, y ascendió por las piernas hasta besar los muslos. Parecía querer comerse aquella carne que la gentil Encantadora había perfumado con las esencias más enloquecedoras, y estremecido de deseos irrefrenables suplicó, entornando los ojos:

—¡Oh, vida mía! ¡Luz de mis ojos! ¡Ten piedad de este esclavo vencido por la gracia de tu rostro, la armonía de tu cuerpo y la simpatía de todo tu ser! Desde que viniste he perdido la tranquilidad.

En seguida, ebrio de ansiedad, aventuró su mano febril por debajo de la camisa de Ali-Nur y tropezó con algo que no es para descrito ni para mencionado. Estupefacto y lívido, el sultán retiró su mano de donde tan audazmente la había deslizado, y con los ojos inyectados en sangre interrogó a Alí-Nur:

—Pero ¿qué es esto? ¡Por Alah! ¿Sueño o estoy despierto?

—No sueñas, dueño mío—exclamó el hijo de Abu-Zeid—. Has de saber, ¡oh, rey amable y justo!, que yo soy muy aficionada a cultivar las

artes mágicas, y varios genios me dispensan su valiosa protección. Una de las virtudes que poseo es la de poder cambiar de sexo cuando me amenaza algún peligro.

—Cierto—añadió la verdadera Encantadora acariciando su laúd—; por eso mi ama, al incautarse de ella tu visir El-Aschir tomó los atributos de un muchacho en prevención de cualquier contingencia. Y buena prueba del talento con que obró mi señora es que tu infame visir El-Aschir, durante el viaje a palacio, permitióse con mi ama escandalosas licencias, que no fueron en aumento debido a la rapidez con que ella abandonó su cualidad femenina.

—¡Pero cómo!—regió el rey—. ¿Es posible que mi visir haya osado propasarse con una esclava destinada a mí?

—Es posible, señor—afirmó Alí-Nur—. Y para resguardarme de ese miserable me vi en la precisión de recurrir a un genio que se llevó mis atractivos de mujer, y no me los devolverá hasta que no le sea cortada la cabeza a tu infame visir.

El sultán Omar-El-Kulub, en el colmo de la indignación, mandó que inmediatamente fuese decapitado El-Aschir, como única manera de que Encantadora recuperase su sexo; y pasada la excitación amorosa del momento, rogó a Alí-Nur que le documentase en el secreto de sus conocimientos mágicos. Tanto él como su esposa distrajeron al rey con amenas disertaciones sobre el

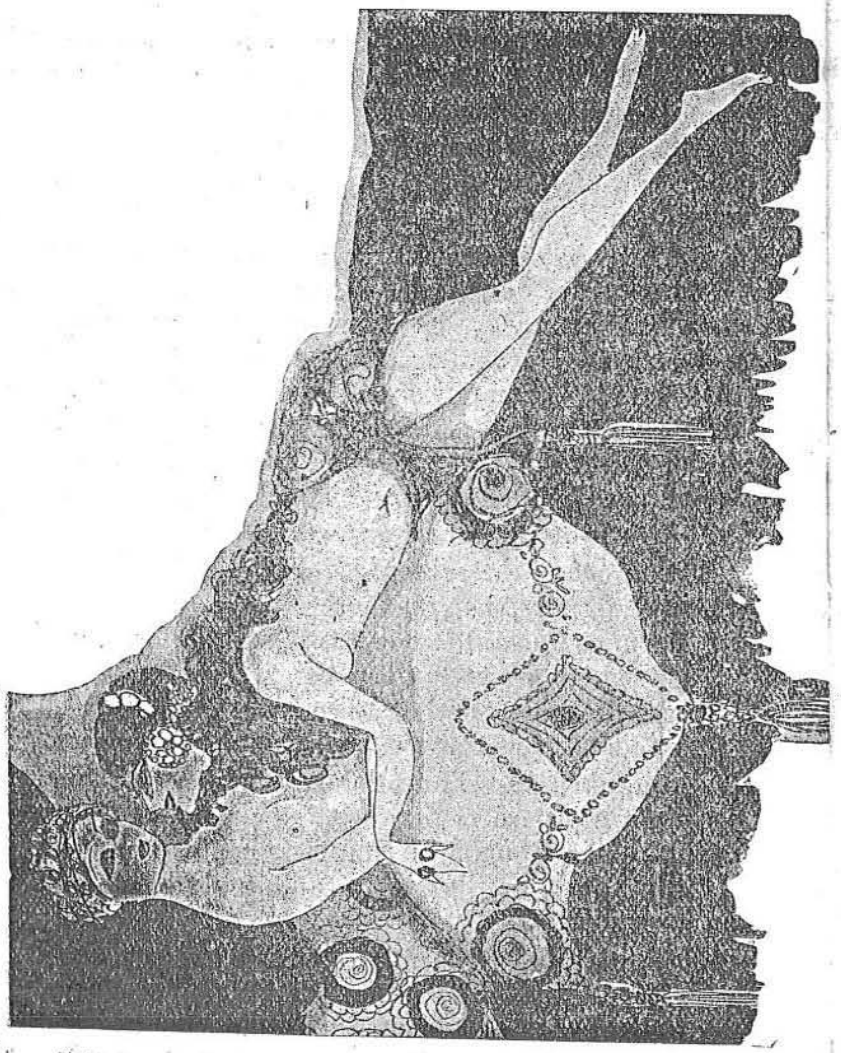
poderío de los genios, cien veces más poderosos que todos los monarcas juntos de la tierra, y como su naturaleza era por demás fogosa, quiso probar hasta qué límite llegaba y qué eficacia poseía Encantadora en su circunstancial cualidad masculina.

—Yo podría hacer ahora con cualquier esclava lo mismo que tú hicieses—aseguró Alí-Nur—, y para convencerte, si me lo permitieras, aquí mismo y en este lecho haría con mi doncella cuanto tú deseases. Y mientras persista el cambio de mi sexo podría realizar proezas inverosímiles, lo cual no es obstáculo para que cuando el genio me devuelva mi cualidad femenina me entregue contigo a la locura de inefables placeres.

—Entonces—interrumpió el rey, definitivamente embaucado por Alí-Nur—, puesto que quizás dentro de unos instantes vuelvas a ser mujer, antes de que yo te posea quiero ver si eres capaz de hacer feliz a tu doncella; así que os autorizo para que os comportéis como si fueseis marido y mujer.

No aguardaron Encantadora y Alí-Nur a que el sultán repitiese el permiso, y en menos que se cuenta ambos quedaron completamente desnudos y dispuestos a arrojarse sin cautela al abismo sin fin de las caricias.

Encantadora, al despojarse de sus ropas, quedóse erguida sobre el lecho, bañada por el oleaje de sus cabellos de ébano, y su talle onduló perversamente, como azotado por el látigo de la más



inmensa voluptuosidad, y Alí-Nur exteriorizó su delirio de una manera inconfundible.

El rey Omar empezó a gemir, nuevamente enardecido, y jadeante contempló cómo el hijo de su visir tendíase en la redonda cama de oro y atraía hábilmente junto a sí a la esclava, que suspiraba tenuemente.

—¡Tómame, oh, seductora criatura! ¡Mira si mi pecho no es más blanco que la leche de las ovejas! ¡Acaricia mi cabellera, más sedosa que el vello del cordero que acaba de nacer! ¡Toma esta madurez que tú supiste madurar con tu deseo! ¡Soy tuya! ¡Soy tu esclava! ¡Ámame, porque te amo!

Y sus ternuras sucediéronse para tormento del sultán, que no acertaba a apaciguar la fiereza de sus instintos y recorría la estancia a grandes saltos, mordiéndose las manos y restregándose contra la pared. La visión de la pareja gozándose sin trabas procurábale un deleite extraño y doloroso, y tan pronto le asaltaban tentaciones de caer sobre el lecho para tomar parte con la pareja en el prolongado asalto, como de tirarse por la ventana. Alí-Nur multiplicaba sus caricias, entregándose con su esposa a los mayores desvaríos, y el sultán, aniquilado por la violencia de un deseo insaciado e insaciable, con voz velada y tímida expuso al hijo de Abu-Zeid, después de haberle visto enloquecer seis veces entre los brazos de su esposa:

—Todos esos primores quizás los puedas reali-

zar con esa joven por tratarse de tu esclava; pero seguramente no pudieses efectuarlos con ninguna de mis favoritas.

—Yo no tengo reparo en contestarte afirmativamente, ¡oh, mi sultán!—exclamó el hijo de Abu-Zeid—; y si quieres salir de dudas, propongo que hagas venir a cuantas de tus favoritas tengas por conveniente, y pondré toda mi buena voluntad a tu servicio, ¡oh, rey magnífico y discreto! Porque has de saber que esta cama redonda está encantada y prestaría pujanza a la criatura más débil de la tierra. Al encanto de esta cama redonda obedece el insaciable ardor amoroso que te caracteriza. Todas cuantas personas combatan sobre ella lo harán brillantemente.

Dicho lo cual, la falsa Encantadora suspendió los asaltos con la esclava, complaciéndose ante la perspectiva del cambio de manjar en el festín.

—Pues entonces—propuso el rey—voy a mandar llamar a mis esclavas Miriam y Farizada para adquirir la convicción de que realmente, y a pesar de ser una mujer, tienes la facultad de poseer a otra criatura de tu sexo, aunque sólo sea por unas horas. De suerte que cuando ellas vengan puedes lanzarte sobre ambas y repetir cuantas proezas has realizado con tu esclava.

—Escucho y obedezco—respondió Alí-Nur complacido.

Efectivamente, Miriam y Farizada fueron traídas a la alcoba del Sultán, y con asombro de

ellas fueron tendidas sobre la cama redonda para que Alí-Nur, utilizando cuantos recursos le dictaba su fantasía, procurase, tanto a una como a la otra, sensaciones indescriptibles. Simultáneamente Alí-Nur atendía al deleite de ambas jóvenes, y mientras la saciada Encantadora pulsaba el laúd, el hijo del visir patentizó su resistencia y su sabiduría, colmando de placer a las hermosas favoritas del sultán. Pero tan locamente perturbóse el rey, que, deseando compartir los excesos del trío, despojóse también de sus ropas y cayó sobre el lecho, decidido a eclipsar la pujanza de la supuesta Encantadora. Dada la amplitud del campo de batalla, tanto Alí-Nur, que se había apoderado de Miriam, como el rey, que se incautó de Farizada, pudieron desenvolver su plan de frenesíes voluptuosos, que-



inspiraron a Encantadora sus más ardientes cánticos, y cuando los dos hombres se fatigaron de homenajear a las partes beligerantes, cambiaron de pareja, y su ardor pareció recrudecerse e intentaron inéditas locuras. Aquel juego terrible, sensual y estrepitoso duró hasta el amanecer, y el sultán Omar-El-Kulub, que siempre se había considerado como uno de los hombres más favorecidos por el placer carnal, reconoció que nunca su ilusión y sus sentidos habían alcanzado un grado máximo tan aniquilador como el gozado aquella noche memorable, merced al encanto de la cama redonda.



IV

El barón de Loisy hizo otra pausa, que sirvió para que algunos de los concurrentes cambiasen de postura en sus asientos, y prosiguió en seguida, para calmar el interés de sus oyentes:

—Apenas el sultán hubo dispuesto que un grupo de soldados saliese en busca de El-Aschir para cortarle la cabeza, uno de los eunucos de palacio, fiel al visir tan implacablemente condenado a muerte, adelantóse a quienes habían de cumplir la siniestra visión y, montando en un caballo, corrió a prevenir a El-Aschir del peligro que le amenazaba, dando tiempo a éste para que burlara la cólera del sultán, abandonando Bagdad con la celeridad que el caso requería.

De manera que cuando los soldados regresaron a palacio para comunicar al rey Omar la fuga de El-Aschir, el monarca se contrarió hasta el máximum de la contrariedad por aquel fracaso de sus servidores, que impediría por el momento que Encantadora recuperase el sexo femenino. Con los ojos llameantes de furor decretó que un centenar de jinetes saliesen en todas las direcciones, persiguiendo a El-Aschir, a cuya cabeza puso precio, y no se apaciguaron sus furores hasta que, llegada la noche, encerróse nuevamente en su dor-

mitorio con Alí-Nur y Encantadora. Entonces, olvidándolo todo, tendióse con los dos en la cama encantada y su conversación derivó al inevitable terreno. Y Alí-Nur, acordándose de las venturas saboreadas en la noche anterior con Miriam y Farizada, propuso al sultán que mandase llamar a dos nuevas favoritas para reproducir las delicias de la víspera.



—En verdad que no tengo inconveniente—respondió el rey Omar—; pues aunque circunstancialmente ostentes los atributos masculinos, me consta que eres una mujer auténtica, y no juzgo peligroso que disfrutes conmigo las ternuras de mis esclavas.

Y esta vez fueron llamadas la gentil Rosa de Belleza y la adorable Zahara, que al entrar en la estancia y contemplar a Alí-Nur, se cubrieron con sus velos, exclamando:

—¡Por Alah!... ¡Oh, señor nuestro! ¿No te

avergüenzas de traernos a tu alcoba, ocupada por un extraño?

—Invocad el nombre de Alah, ¡oh, queridas mías!, y saludad a Encantadora, la nueva esclava que he adquirido en diez mil dinares de oro; pero que momentáneamente, por un encantamiento que



no tardará en deshacerse, afecta el sexo masculino en lugar del que le corresponde.

Zahara y Rosa de Belleza, sin acertar a dominar su asombro, aproximáronse a Alí-Nur y, palpando sus brazos, su cintura y sus muslos por encima de los calzones de damasco, reconocieron a dúo:

—El nombre de Alah sobre ti, ¡oh, bella y no-

ble compañera! Tu caso es el más extraordinario que puede haberse registrado en Oriente, y si se escribiera con la punta de una aguja en el interior de un ojo, causaría la admiración de las generaciones venideras. Nosotras te habíamos creído un hombre; mas puesto que este Rey, sabio y discreto, nos asegura que eres una mujer, tan mujer como nosotras, te rogamos nos dejes examinarte a nuestras anchas para saciar nuestra curiosidad.

Entonces Alí-Nur solicitó la venia del sultán para despojarse de sus ropas y alhajas, y les fué dable a las esclavas recrearse en las perfecciones de aquel cuerpo juvenil y cristalino, en que los lunares obscuros resaltaban de tan graciosa manera sobre la blancura de lo demás. Las anchas espaldas del hijo del visir aun no habían sido invadidas por el vello, y su talle, ancho y flexible y sus muslos, torneados y macizos, y más singularmente lo que entre ellos surgía retador y magnífico, hizo pensar a las esclavas que si aquella arrogante criatura no era el más apetitoso de los mancebos, podría desempeñar su papel con la mayor propiedad. De suerte que cuando el rey Omar suplicó a la auténtica Encantadora que pulsase su laúd y cantase sus dulces melodías, mientras él retozaba, en compañía de Alí-Nur, con Rosa de Belleza y Zahara sobre el lecho encantado, las esclavas no pusieron resistencia y las dos parejas compitieron en quisicosas y monadas hasta el amanecer. Cuando al rey o a Alí-Nur les fatigaba el juego de la parte contraria, cambiaban de pareja, y permanecieron diez o doce horas sin cesar en sus transportes y gemidos, sin pensar que el alboroto pudiera trascender a la calle.



Y al día siguiente repitióse el espectáculo, pues el sultán, acostumbrado a las delicias de la cama redonda, hizo venir a Zumurrud y Sett-Zobeida, otras esclavas que, como sus predecesoras, reci-

bieron el homenaje simultáneo del sultán y de Alí-Nur.

Y así hubieran permanecido años enteros a no ser porque la verdadera Encantadora, hastiada de tocar todas las noches el laúd con el turbante colado hasta los ojos, mientras su esposo y el sultán disfrutaban por turno a las esclavas del harem, advirtió un día al rey Omar:

—¡Oh, bondadoso y admirado señor! Puesto que la captura del visir miserable se retarda excesivamente, y mi señora, por tus ruegos y con la única idea de divertirte, hace uso diario de los atributos masculinos de que ha de permanecer dotada hasta la muerte de El-Aschir, te ruego medites sobre la necesidad de refrenar sus extravíos. Sería sensible que mañana o pasado, cuando recobrara su sexo, apareciese mustia y agotada por los excesos a que la obligas de continuo. Piensa que si la amas tanto como dices, más te agradará recogerla fresca y pujante que marchita y aniquilada.

—Hablas muy bien, ¡oh, discreta doncella!—afirmó el rey Omar—. Y como no te falta la razón, he resuelto que vuelva a encargarse de ella Abu-Zeid, de cuya lealtad había dudado sin motivo, y la conserve en su poder hasta que recupere su cualidad femenina. Una vez que por su actual estado no cabe temer los ataques del hijo de Abu-Zeid, estimo más prudente alejarla



de palacio que retenerla aquí desgastando su organismo con las orgías cotidianas. En cuanto a mi cama redonda, puesto que, según tu señora, está encantada, la haré sustituír por otra cuadrada para que la normalidad vuelva a palacio y mi sangre se aquiete.

—Por Alah, que nadie discurre con tanto acierto como tú—exclamó Encantadora—. La paz sea contigo y que Alah siga iluminándote.

Al otro día Encantadora y Alí-Nur se reintegraron a la casa de Abu-Zeid, y su llegada fué acogida con gritos jubilosos del visir, su mujer y toda la servidumbre. El hijo de Abu-Zeid y Encantadora relataron a aquéllos las divertidas emociones por que habían atravesado durante su corta permanencia en el palacio del sultán, y pocas semanas después el visir comunicó al sultán que Encantadora, desesperada por su tardanza en recobrar la cualidad femenina, se había suicidado y la había mandado enterrar con gran lujo y solemne ceremonia.

El sultán, conmovido, mandó cubrir de flores la tumba de la supuesta difunta, y Alí-Nur y la auténtica Encantadora pudieron vivir tranquilos el resto de sus días, sin temor a posibles contingencias.

Poco tiempo después murió Abu-Zeid, y el sultán le sustituyó con su hijo Alí-Nur; mas a pesar de la listeza del monarca, nunca llegó a sos-



pechar que su nuevo visir le había hecho víctima de una jugarreta tan grotesca e imperdonable



como aquella que pudiéramos llamar el encanto de la cama redonda.

Alvaro Retana

Diciembre de 1922.

ADVERTIMOS

a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que no devolvemos los originales ni nos es posible sostener correspondencia acerca de ellos.